

Escribe: FRANCISCO RENE SANTUCHO

Apenas producido el movimiento revolucionario de mayo, se manifiestan tendencias indigenistas en los anhelos emancipadores.

En realidad, como dice el peruano Luis Valcárcel, en ningún momento dejaron de existir sacudimientos populares tendientes a destruir el yugo español. Sacudimientos que se sucedieron con intermitencias desde el período inicial de la conquista. Estas rebeliones en un comienzo eran exclusivamente indígenas, pero posteriormente al ir forjándose las castas intermedias de mestizos y americanos-españoles fué englobando también a esos sectores. Ejemplo típico, la rebelión de los plateros de Bolivia que fué provocada por el elemento mestizo con la colaboración de indígenas y americanos españoles.

Ninguna de esas rebeliones sin embargo se aproxima en magnitud al profundo sacudimiento provocado por Tupac Amarú que puso en peligro de muerte a la dominación española en América.

Este movimiento de Tupac Amarú particularmente, habría de gravitar profundamente en las conciencias americanas, destacando de paso, la vulnerabilidad del régimen.

La historia, como que fué trazada por el americano-español, había de ser injusta, tremendamente injusta con la figura extraordinaria de Tupac Amartú, que fué en realidad quién despertó, con el eco tremendo del incendio que provocara, los primeros atisbos de independencia en los sectores no indígenas (el indígena nunca renunció a su voluntad de independencia).

Nos dice el historiador Boleslao Lewin en su biografía de Tupac Amarú; lo mismo que Daniel Valcárcel en un estudio similar, que la rebelión que aquél provocó trajo como consecuencia una serie de sacudimientos y revueltas a todo lo largo del continente. En lo que es actualmente el territorio argentino, existieron también esas revueltas, en el norte, la zona de cuyo y la parte del chaco.

Apagadas, luego de brutales medidas, las brasas del incendio de esa rebelión extraordinaria, había de suceder un tiempo de aparente calma, apenas perturbadas por algunas discordancias. Pero ya estaba prendida definitivamente en todos los sectores, inclusive en el de los americanos-españoles, el ansia de emancipación.

Los argumentos teóricos de la independencia, tenían que venir necesariamente influidos de indigenismo, que así tendrían la fuerza poderosa del derecho y de una reivindicación moral.

Uno de los primeros escritos subversivos fué el "Diálogo de Atahualpa y Fernando VII", del joven abogado tucumano Bernardo Monteagudo, fogoso y erudito tribuno de la independencia, que circuló manuscrito —dada la imposibilidad de imprimir—. "Se trata en verdad de un documento de valor excepcional que sirvió a la causa de la independencia americana", dice el historiador argentino Mariano de Vedia y Mitre, y refiriéndose a su contenido dice: "Atahualpa es la voz de América que se yergue contra

el conquistador español discutiéndole la legitimidad de la conquista y sosteniendo la iniquidad del despojo de su poder, de sus riquezas y de sus tierras"

Este espíritu, es predominante tanto entre la gente culta como entre el bajo pueblo y esos anhelos de restauración de la continuidad indígena se manifiesta en forma más concreta ya, cuando comienzan a discutirse las realizaciones prácticas de la independencia, la elaboración de las formas de gobierno.

Belgrano y Güemes, fueron los más decididos sostenedores de la continuidad dinástica de los Incas, con el respaldo de gran número de congresales. Mitre en su Historia de Belgrano, destaca cómo estaba de generalizado por aquella época tanto entre los gobernantes y publicistas como entre el pueblo, ese patriotismo de tinte indígena, y así nos dice: "En sus proclamas, en sus boletines, en sus bandos, en sus manifiestos, en los artículos de la prensa periódica, en sus cánticos guerreros, los patriotas de aquella época invocaban con entusiasmo los manes de Manco Capác, de Moctezuma, de Guatimozín, de Atahualpa, de Siripo, de Lautaro, Caupolicán y Rengo, como a los padres y protectores de la raza americana".

San Martín al ser informado del proyecto de instauración de la dinastía de los Incas escribía: "Ya digo a Laprida lo admirable que me parece el plan de un Inca a la cabeza..."

El proyecto había tomado

NOTAS SOBRE LIBROS

"NOSTALGIAS"

cuerpo y se fundaron periódicos tales como el "Observador Americano" dirigido por el doctor Manuel Antonio Castro, que prohibaba la monarquía constitucional y la dinastía de los Incas.

Esos ideales de continuidad o renovación del antiguo imperio del Cuzco han quedado reflejados en la bandera argentina que lleva el sol incásico y en nuestro himno nacional en las siguientes estrofas por todos conocidas:

Se conmueven del Inca las
(tumbas

Y en sus huesos revive el ar-
(dor,

Lo que ve renovando en sus
(hijos

De la patria el antiguo esplen-
(dor.

La nueva filosofía positivista y el auge del progreso material que trajera el dinamismo occidental, había de hacer ^{suvenir} cumplir sin embargo aquél espíritu primigenio y una nueva generación ganada por el brillo deslumbrante del desarrollo europeo, cambiaría radicalmente el rumbo. Alberdi, Sarmiento y Mitre, serían las figuras descollantes de aquél nuevo espíritu, en la Argentina.

Sin embargo la posterior decaencia cultural de occidente al esfumar el mito del progreso material y del positivismo ha ocasionado un retorno, estos últimos años, hacia fuentes de inspiración americana.

Ricardo Rojas en su obra: "Ollantay, tragedia de los Andes", poniendo de manifiesto su profunda preocupación americanista, estigmatiza a "aquellas personas recién llegadas a nuestro puerto que pretenden desvincularnos del resto de la América indígena, aduciendo que la Argentina es exclusivamente europea. "Grave error, dice, el confun-

Con este título, la maestra y poetisa tucumana, Juana Isabel Delgado de Pérez Bravo publica su primer libro de versos, poemario integrado por 24 composiciones.

En dos sentidos orienta su inspiración la autora: hacia la escuela y hacia las bellezas del terruño, hechas nostalgia en la dimensión de la ausencia.

Como maestra ha sabido superar la rutina prosaica de la tarea oficial de la enseñanza llevando al aula las ternuras de su exquisita sensibilidad. En el ejercicio diario de la docencia su alma se remansa en ese mar de delantales blancos consubstanciados con el alma del niño en el encantador mundo infantil de la escuela primaria.

El niño la inspira, los hechos infantiles pulsan su cuerda sensitiva, ciertas escenas escolares la transportan a las regiones de la belleza ideal de las fuerzas morales: tales como la bondad, la generosidad, el patriotismo. Así la vemos

dir el caso particular propio con la realidad histórica de todo un pueblo".

De esa preocupación indigenista, pujante en estos últimos años podría caracterizarse con estas palabras de Luis Villoro: "Y será lo indígena lo encargado de recordarnos nuestra especificidad frente a lo ajeno. Aquí ya no se trata de aducir igualdad de derechos frente a otro continente, sino más bien de distinguir, en el interior de la propia América, lo que es peculiar de lo que sigue siendo ajeno. Lo indígena aparece entonces como núcleo de lo auténticamente americano".

enternecerse ante el cieguito que mirando con sus ojos siluz hacia la enseña patria saluda militarmente el símbolo "Se cuadra bien el viejito, la diestra a la frente lleva, y el saludo militar más correcto y más austero ofrece a la patria enseña. (Se puso más claro el día y más bella la bandera)".

Tocantes escenas de la vida escolar se suceden en las composiciones: Día Patrio, Matrícula Escolar, Gracias Señorita, Inspección, 25 de Mayo Rural, No me Rete y Banco Desocupado. En esta última pinta con vivo colorido su aguijoneante inquietud por la tardanza de una alumna en llegar al aula:

"Estoy dictando mi clase pero me siento intranquila.

¿Qué hace la niña mía?

¿Qué está haciendo esta ma-
[ñana?

¡Albricias! se aclaró el día, por la puerta del salón, acaba de entrar la niña".

Pero donde está su fuerte, donde su lírica alcanza su tónica más alta, es en la nostalgia del terruño, en el recuerdo de la patria chica, en la reviviscencia de sus horas juveniles pasadas en la dulce calma de la paz provinciana. Ahí, al conjuro de los recuerdos, vibra estremecida la cuerda más recóndita de su sensibilidad. Oigamos su acento melancólico y dulce:

"¡Ay de mis dulces ayeres tan caros de recordar!

¡Ay, mi escuela campesina!

¡Ay, cielos de Tucumán!

¡Cómo me late la sangre si te nombra mi emoción!